

Fernando Iwasaki



Papel Carbón

Fig.1

PAPEL CARBÓN

CUENTOS 1983-1993

FERNANDO IWASAKI

Fernando Iwasaki, *Papel Carbón*
Primera edición: marzo de 2012

ISBN epub: 978-84-8393-516-3

© Fernando Iwasaki, 2012

© De la ilustración de cubierta: Fernando Vicente, 2012

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de
Espuma, S. L., 2016

Voces / Literatura 171

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Marle *ex machina*

¿Tienes un lápiz? Me dejé la máquina de escribir en los
otros pantalones.

Groucho Marx, *Una tarde en el circo*

La máquina de escribir ha sido mi piano mecánico y puedo
componer y oír al mismo tiempo mis rapsodias para dos
manos.

Guillermo Cabrera Infante, *Infantería*

Aquí lo atroz, aquí la detenida
máquina usada ayer para la gloria,
para escribir y ejecutar la historia
y para el goce pleno de la vida.
Jorge Luis Borges, *Los conjurados*

Lo que sigue es costumbre y papel carbónico.
Julio Cortázar, *Rayuela* 13

Como la presente edición no es una novedad sino más bien un rescate y el interés de mi editor se me antoja más arqueológico que literario, pienso que estoy en la obligación de hacer hincapié en lo que estos relatos tienen de arcaicos, vetustos y decadentes. Por ejemplo, son cuentos sin adherencias cinematográficas y cuyas bandas sonoras remiten a discos de vinilo; donde se fuma y se maltratan animales y -lo admito- con lamparones de prejuicios patriarcales y eurocentristas. Lo peor de mi educación sentimental, caramba.

Sin embargo, lo que en realidad tienen en común todos los cuentos que escribí entre 1983 y 1993 (más que las flagrantes improntas de Poe, Lovecraft, Borges y Cortázar) es que son pre-digitales. Es decir, que fueron tecleados a máquina y luego compuestos por un linotipista, quien se quedó con mis manuscritos originales dejándome tan sólo las copias que hice con papel carbón.

Cuando escribíamos a máquina queríamos que cada página fuera impecable, porque borrar sin sacar la hoja del rodillo era un martirio para quienes no teníamos esos prodigios eléctricos que traían el corrector incorporado. Durante una década contemplé cómo se sofisticaron las máquinas, las cintas y hasta los artilugios para borrar, pero el papel carbón siguió siendo el mismo hasta que la informática lo redujo a cenizas.

Todavía reconozco en cada una de esas páginas desleídas el *tempo allegro* de la escritura inspirada, el borrón *fortissimo* encima de las erratas y los silencios que reverberan entre las palabras que tanteaba como acordes sobre el teclado de la máquina, porque las copias de papel carbón son las partituras de una forma de escribir que ha sido abolida para siempre.

En todos los programas de correo electrónico existe la posibilidad de enviar copia a otros destinatarios haciendo clic sobre las siglas "CC", que vienen de la expresión inglesa *Carbon Copy*, paracronismo que no ha molestado a nadie y cuya melancólica complicidad invoco para exhumar ahora mi *Papel Carbón*.

F.I.C.

San José de la Rinconada, invierno de 2012

TRES NOCHES DE CORBATA

(1987)

A Marle

Dicen que los libros son como los hijos, unas veces nacen cuando uno quiere y otras vienen solos. Este es uno de esos casos en el que sin querer me di cuenta de que iba a tener un libro, y he puesto todo el cuidado para editarlo con esmero.

Como ocurre con los hijos, el primero es el que nos causa mayor alegría, pero el entusiasmo no dura mucho. La verdad es que la familia se encarga de demostrar que el hijo se parece a todos menos al padre y en las más de las veces suele ser cierto. Este libro no es la excepción, pues en él notarán muchos parecidos y tal vez apenas se entrevean mis rasgos (seguro que si no lo reconocía salía igualito a mí); espero que con el tiempo mis hijos reflejen mejor lo que soy.

No me imagino cómo le irá en este mundo cruel, supongo que tendrá que aprender a defenderse solo acentuando sus errores y aciertos; pero siguiendo la misma ley inexorable dejará de pertenecerme. Sólo deseo que cuando ello suceda, exista alguien dispuesto a hacerlo suyo.

F.I.C.

Lima, enero de 1987

LA SOMBRA DEL GUERRERO

Mientras milenarias y familiares sombras comienzan a rodearme, las imágenes de los últimos momentos vividos se agolpan en mi mente como un recuerdo difuso.

-¿El señor Kawashita? -sonó una voz aflautada por el intercomunicador-. Soy Yoshitaro Kohatsu, le hablé por la mañana.

-¡Suba!, lo estoy esperando -contesté.

Al tiempo que aguardaba a mi visitante reflexioné sobre la curiosidad que despertaba en mí esa extraña entrevista. Mi padre, hijo de japonés y peruana, nunca nos llevó ni a mí ni a mis hermanos a frecuentar la colonia japonesa; tampoco nos mencionó a pariente alguno y todos crecimos en colegios católicos. Con el tiempo la universidad terminó de consolidar nuestra visión occidental del mundo y el Japón jamás despertó en nosotros algún sentimiento atávico. Finalmente, como me especialicé en literatura inglesa, mi ignorancia en temas orientales era total. En realidad, la confusa imagen que yo tenía de los japoneses, se debatía entre las películas de Kurosawa y unas propagandas de artefactos eléctricos. Por eso, ¿quién era ese señor Kohatsu, que venía a tratar conmigo un asunto familiar? El ruido del timbre me arrancó de esas cavilaciones.

El japonés era bajito y de una delgadez que calificué de «muy oriental»; pero a pesar de los años se le veía robusto (¿qué edad tendría?). Después de rechazar cortésmente todas las bebidas ofrecidas, Kohatsu empezó su narración.

-Mi nombre es Yoshitaro Kohatsu y fui Consejero del Palacio de Hokkaido, soy de un linaje que se pierde en la no-

che de los tiempos y mi familia fue una de las más importantes del Japón desde la victoria de los Minamoto -declaró en medio de profundas reverencias.

-¿Y eso qué tiene que ver conmigo? -pregunté un poco fastidiado.

-Poca paciencia tiene, no pareciendo nieto de Takachi Kawashita -respondió.

¿Takachi Kawashita?, ¿con que ese era el nombre del abuelo? Mi padre jamás nos habló de él y confidencialmente mi madre nos contó que el abuelo había abandonado a su mujer dejando a mi padre muy pequeño, razón por la cual él le guardaba un lejano rencor. Pero ese señor Kohatsu había venido a contarme cosas desconocidas para mí, de mi abuelo, del Japón, de todo. Así que decidí callarme la boca y escuchar.

-Desde que el general Yoritomo Minamoto implantó el gobierno militar con la ayuda de mis antepasados -prosiguió-, mi familia fue una de las más importantes del Japón. Durante ochocientos años los generales *shogun* gobernaron las cuatro islas, pero en 1867 el príncipe Meiji derrocó al último *shogun* y la familia imperial recuperó el poder. No me mire así, no soy tan viejo, yo nací después.

Entonces mi familia perdió sus riquezas, sus palacios y muchos se fueron al destierro. Cuando cumplí veinte años conspiré contra el Emperador Meiji y fracasé, desde ese momento fui un prófugo y un traidor. Por aquella época la Compañía *Morioka* ofrecía trabajo en el Perú, un país lejano, otro continente. Yo estaba condenado a muerte y así fue como me embarqué.

El Emperador montó en cólera: yo debía morir por haber ofendido a los dioses; pero soy *samurai* y sólo un *samurai* podía matarme. Takachi Kawashita, miembro de una de las familias más fieles al emperador, hizo el juramento del *bushido* y vino en mi busca. ¿Cuántas veces cruzamos nuestras espadas? Takachi era uno de los guerreros más valientes de las cuatro islas; hemos luchado en la sierra y en la selva, en el norte y en el sur. Yo siempre huyendo y su

abuelo tras de mí. Sé lo que piensa, un balazo habría sido más fácil, ¿no?; pero Takachi siendo buen *samurai*; sabía que sólo podía ejecutarme después de haberme vencido en combate.

Cuando por fin me derrotó lo encaré: «Takachi -le dije-, ¿por qué peleamos? Hace más de cincuenta años que me persigues y ahora que me tienes, ¿qué harás? El Emperador Meiji ya no existe, el Japón perdió la Guerra Mundial, los títulos han sido abolidos y dicen que ahora hay una república. Takachi, ¿quién se acordará en el Japón del traidor Yoshitaro y del *samurai* que partió en su búsqueda?». Así le hablé a su abuelo y ablandé su corazón. Desde entonces mi verdugo se convirtió en mi mejor amigo, pero ya éramos viejos cuando todo aquello ocurrió y fue difícil volver a empezar. Trabajamos de obreros, cocineros y carpinteros; ¡nosotros!, que habíamos gozado de los lujos más grandes en la corte más antigua del mundo. Antes de morir, Takachi me contó que había tenido una familia aquí en el Perú. Esperando muchos años para cumplir mi promesa.

-¿Qué promesa? -pregunté.

-Su abuelo era un auténtico *samurai* -respondió a la vez que me entregaba una espada-. Esta *katana* luchó contra los Minamoto hace más de mil años y nunca fue rendida, pertenece a su familia. Cuando Takachi partiendo al Perú, le juró al Emperador que con ella me mataría o se daría muerte, pero su abuelo muriendo de infarto y no cumpliendo promesa. El *bushido* dice que un guerrero debe cumplir su palabra o morir como un *samurai*.

-¿Y por qué me la da a mí? -repliqué-, ¿por qué no a mi padre?, ¿no tenía mi abuelo familia en el Japón?

-Tu padre no queriendo a su padre -contestó-. Yo ya no volveré al Japón, soy muy viejo; tengo ahorros y me iré a Arequipa, ahí moriré («Misti como el Fuji», dijo). Pero tú eres poeta, está escrito que la poesía recupera lo que el hombre pierde en sus otras vidas.

-Pero y yo, ¿qué voy a hacer con esto? -volví a preguntar.

-Dice la leyenda que las cinco mil espadas que salvaron a la familia imperial de su destrucción tienen un poder sagrado -exclamó Kohatsu demorándose en cada palabra-. Ese *katana* es mágico y te dirá lo que debes hacer.

Recuerdo que después de hacer una honda reverencia Yoshitaro Kohatsu se marchó. Observé el sable que brillaba en la mesa y una irresistible fuerza me obligó a examinarlo.

Su tacto me hizo entrar en posesión de un antiguo conocimiento y por él supe que los artísticos relieves de la vaina representaban pasajes del período Heian, cuando el Emperador edificó la resplandeciente ciudad de Kioto con sus artes mágicas. Gracias al brillo de la cortante hoja experimenté la sensación de haber participado en mil batallas y pensé en el *bushido*, el código del *samurai*; pensé en mi abuelo abandonando a mi padre por su promesa al Emperador y pensé en su incompleta misión, que más que un fracaso humano fue un fracaso divino porque el Emperador era el dios.

Mientras me colocaba la espada sobre el abdomen pensé en los escasos cien años que tardó el Japón en asimilarse al mundo occidental y los comparé con los minutos que me bastaron para asumir su milenaria cultura. Ahora que mis ojos hacen sus últimos movimientos comprendo el sentido del *bushido*: el Emperador, mi abuelo y yo somos somos una misma forma, somos el dios... Desde el otro lado me viene el olor de los cerezos.

Lima, 1986

LA OTRA BATALLA DE AYACUCHO

El viejo resopló su café mientras pensaba en la explicación que tendría que darle a su hija. Es verdad que hacía sólo tres meses había tenido un infarto, pero esta era ya la sexta vez (¿o la séptima?) que un presentimiento le movía a dar una falsa alarma. Francamente le molestaba mucho, pues sabía perfectamente que Rosita se vendría volando desde Ancón con toda la familia y que después de un gran susto no tardaría en mandarlo a la mierda, como había ocurrido en la última ocasión. «Ya debe estar queriendo que me muera» -pensaba- y se reía entre sorbo y sorbo.

Sin embargo, él debía inventar alguna excusa, ya que no podía admitir que lo cierto era que tenía miedo a quedarse solo, o a morir solo, que a su edad venía a ser prácticamente lo mismo. En efecto, el temor a la muerte había ganado cuerpo, poco a poco, en su mente. Pero, ¿cómo es que se muere uno? Esa ignorancia le atormentaba en demasía.

Le vinieron a la mente las clases de catecismo que recibió con los curas salesianos antes de su primera comunión. «Uno muere cuando el alma abandona el cuerpo», decía el padre Cayetano, pero él jamás había aceptado esa sentencia. De ser así, él debía estar ya muerto, pues desde el fallecimiento de su esposa había perdido el alma. No, no, morir debía ser algo muy distinto. Con dificultad recordó algunas reveladoras visiones infantiles: a su hermano Federico escondido en el armario durante algún día completo, el agua escurriéndose por el guáter, un pollito asfixiado en su bolsillo... ¡sí!, morir debía ser algo parecido a todo aquello, algo de ausencia, algo inexplicable, algo natural. Al fin y al